

El bosque confiado

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: *Woods in Winter*, H. W. Longfellow,
ilustración para el verso:
«Where, twisted round the barren oak, the summer»;
Lebrecht Music & Arts / Alamy Stock Photo
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la edición, prólogo y traducción, María Casas, 2023
© De la traducción del poema de Emily Dickinson (pág. 13),
Juan Carlos Villavicencio
© Ediciones Siruela, S. A., 2023
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19553-17-1
Depósito legal: M-4.188-2023
Impreso en Cofás
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

EL BOSQUE CONFIADO

Relatos sobre naturaleza en
la América de Thoreau

Edición y prólogo de
María Casas Robla

 Siruela

Libros del Tiempo

Índice

Prólogo 15

A modo de prefacio: Naturaleza (1836)
RALPH WALDO EMERSON, fragmento 31

EL BOSQUE CONFIADO

El viaje (1819-1820)
WASHINGTON IRVING 37

El eclipse (1833-1838)
JAMES FENIMORE COOPER 45

Descenso al Maelstrom (1841)
EDGAR ALLAN POE 61

Retoños y voces de pájaros (1846)
NATHANIEL HAWTHORNE 81

Travesía de las montañas (1849)
FRANCIS PARKMAN, fragmento 91

| | |
|---|-----|
| Caminar (1851) HENRY DAVID THOREAU | 109 |
| El vendedor de pararrayos (1854) HERMAN MELVILLE | 147 |
| Chiquilladas transcendentales (1873) LOUISA MAY ALCOTT | 157 |
| Una garza blanca (1886) SARAH ORNE JEWETT | 179 |
| Nuestra casa (1896) HARRIET BEECHER STOWE | 193 |
| Mi año en una cabaña de troncos (1893) WILLIAM DEAN HOWELLS | 225 |
| Un tipo ocioso (1893) y La noche llegó despacio (1894) KATE CHOPIN | 255 |
| El bote (1898) STEPHEN CRANE | 259 |
| Entre barrancos y ¿Cuánto iba a durar? (1897) CHARLES EGBERT CRADDOCK, seudónimo de MARY NOAILLES MURFREE | 289 |
| El silencio blanco (1899) JACK LONDON | 301 |
| La sirena de Lighthouse Point (1900) BRET HARTE | 313 |

| | |
|--|-----|
| El olmo (1903) | |
| MARY E. WILKINS FREEMAN | 335 |
| Historia de una perra (1903) | |
| MARK TWAIN | 351 |
| A modo de postfacio: Pensamientos bajo un roble. | |
| Un sueño (1891) | |
| WALT WHITMAN | 363 |

*A la memoria de Jesús Casas Alonso, mi padre,
et in Arcadia ille*

A Carmen Calvo Cantero

Robé a los bosques,
los confiados bosques.
Los árboles incautos
sacaron sus vainas y sus musgos
para mi fantasía complacer.
Escudriñé sus curiosos abalorios,
cogí, me llevé.
Qué dirá el solemne abeto.
¿Qué el roble?

EMILY DICKINSON

Prólogo

*Cuando un árbol gigante se suicida,
harto de estar ya seco y no dar pájaros
sin esperar al hombre que le tale,
sin esperar al viento,
lanza su última música sin hojas
—sinfónica explosión donde hubo nidos—,
crujen todos los huesos de madera,
caen dos gotas de savia todavía
cuando estalla su tallo por el aire,
ruedan sus toneladas por el monte,
lloran los lobos y los ciervos tiemblan,
van a su encuentro las ardillas todas,
presintiendo que es algo de belleza que muere.*

GLORIA FUERTES,

«En los bosques de Penna, (USA)»

La partícula de Dios

El árbol gigante del poema de Gloria Fuertes que abre estas líneas introductorias era, probablemente, un hermoso roble, como aquel bajo el que iba a descansar Whitman del mundo y de sí mismo, o quizá era ese «lejano nogal, doblado sobre el agua, a donde acuden a morir los guerreros más viejos» que pervive en la «memoria de la nieve» de Julio Llamazares. Fuera lo que fuera, en mi cabeza es un álamo, un chopo, de tronco blanco y copa alargada, como si fuera una pluma, que, junto a sus hermanos, como un ejército ordenado, fila tras fila, recorre aún el paisaje de mi niñez, ese regreso imposible al no-hogar de los emigrados.

No estaba entonces en mi mente el recuerdo del árbol en la columna de los templos clásicos y de las actuales iglesias, que tan bien describe Óscar Martínez en *Umbrales*: «Un viajero sensible todavía sería capaz de escuchar el lejano sonido de los árboles. Si lo hace, se dará cuenta de que, al traspasar una puerta flanqueada por columnas, lo que en realidad está haciendo no es otra cosa que cruzar la frontera del bosque sagrado en el que desde hace milenios el ser humano imaginó la morada de los dioses». Pero sí ha estado, con el paso de los años, esa sensación de estar en un lugar sagrado, significativo, cuando me encuentro en un bosque o contemplo el mar o, cuando a una altura de no más de tres mil metros, me lanzo simbólicamente hacia el todo, o la nada, como el cuadro de Caspar David Friedrich, *El caminante en un mar de nubes*, que bien podría ser un primo lejano del personaje que contempla el remolino del Maelstrom en el cuento de Poe recogido en esta antología.

Porque, como afirmó Chateaubriand, «los bosques preceden a las civilizaciones; los desiertos las siguen». Cuando el progreso no nos parece un avance, sino un retroceso; cuando hemos perdido la consciencia de ser una partícula ínfima del Ser universal y, con ella, la capacidad de afirmar, de veras, así sí, que «saldremos juntos» de las desgracias (o pandemias); cuando los árboles se suicidan porque no dan pájaros, ni frutos, ni siquiera dan otros árboles y anuncian, esta vez sí, la llegada del apocalipsis (crisis climática), pues sus cinco jinetes —Contaminación, Desertificación, Globalización, Capitalismo y Consumismo— hace tiempo que pasean entre nosotros pregonando una mala nueva a la que hacemos oídos sordos; cuando todo esto sucede ante nuestros ojos, que ya perciben el desierto que llega, volvemos o quisiéramos volver al bosque, donde los árboles —como los Elms que Tolkien imaginó con forma humana y lento hablar— nos protegen de la oscuridad, nos devuelven la vida y ese ser primigenio que hemos perdido por el camino en algún bar, en una tienda de ropa, en el último modelo de teléfono móvil.

Regresamos al bosque, como hace doscientos años hicieron, no lejos de ese árbol de Pensilvania donde Gloria Fuertes vio morir un árbol gigante, los filósofos, pensadores y narradores que firman los textos que componen esta antología, cuyo tronco es la línea que une a Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau y Walt Whitman, y cuyas ramas están formadas por todos aquellos que, en algún momento, compartieron sus ideas sobre la naturaleza, la contemplación del paisaje, la preservación del medio ambiente y la grandeza de una nación recién nacida: los Estados Unidos del siglo XIX. Emulo a Emerson, en el prefacio de este libro, compuesto por un fragmento de sus ensayos sobre la naturaleza, al decir que regreso al bosque porque regreso «a la razón y a la fe. Allí siento que nada puede sucederme —ni deshonra ni calamidad (si no daña mis ojos)— que la naturaleza no remedie. De pie, sobre la tierra desnuda —mi frente bañada por una brisa ligera y erguida hacia el espacio infinito—, todo egoísmo mezquino desaparece. Me convierto en un globo transparente, no soy nada, lo veo todo, las corrientes del Ser Universal circulan a través de mí. Soy una partícula de Dios».

¡Cuán cerca de lo bueno está lo salvaje!

En las décadas que inauguran el siglo de los avances científicos, que culminará en la aplicación de todos ellos en ese campo de ensayo de las máquinas supuestamente progresistas, y en ese corrector del presunto progreso que es la guerra a gran escala, el pensamiento está dominado por la corriente cultural llamada Romanticismo que vertebró, desde Alemania, una Europa más preocupada por el individuo y su psique que por la comunidad, más por la contemplación de lo sublime y lo misterioso en el arte y la naturaleza que por la realidad, más por la reivindicación de la patria que por la de la humanidad. Este romanticismo aparentemente naturalista, restringido en

Europa por la historia, por las ruinas de la historia, en los Estados Unidos es el romanticismo de los grandes espacios, del individuo que ha de colonizar una extensa tierra de promisión sin contemplaciones ni ensimismamientos, sino recurriendo a sus manos, a sus pies, no a su intelecto. Nada es sublime, hay que poner los pies en el barro y mancharse para conquistar terreno. Es así como nace una nueva forma de narrar la experiencia de la naturaleza más cercana a la tinta que a la pluma, más apegada a la descripción sencilla de la realidad que a su intelectualización. Es así como surgen *Walden* o *Moby Dick*.

Desde principios de siglo hasta 1830, este romanticismo de grandes espacios aparece de soslayo o plenamente en la obra de escritores como Washington Irving, James Fenimore Cooper —sobre todo en las novelas de Natty Bumppo, el hijo de padres caucásicos criado por mohicanos que protagoniza el mayor éxito comercial de Cooper hasta nuestros días, *El último mohicano*— y Edgar Allan Poe, a quien lo salvaje no interesaba en términos filosóficos nada más que para domesticarlo, pues consideraba la mano del hombre más precisa que la mano de dios (como puede verse en uno de sus relatos más conocidos, «La propiedad de Arnheim»).

Desde 1830 hasta el final de la guerra civil estadounidense, el relevo de este romanticismo naturalista lo toman los llamados new englanders, pues se concentran, como los que serán sus sucesores, en Nueva Inglaterra, región del noreste del país que comprende los estados de Maine, Vermont, New Hampshire, Massachusetts, Connecticut y Rhode Island, que linda con la Pensilvania donde se suicidan los grandes árboles y con el Ohio que verá partir las grandes caravanas de colonos hacia la tierra de promisión del Oeste. Con una marcada vena satírica y otra mística, asociados con las universidades de Harvard y Cambridge, y encabezados por el poeta Henry Wadsworth Longfellow y su largo e influyente poema indígena, *La canción de Hiawatha*, los new englanders son los predecesores inmediatos de los fundadores del trascendentalismo, que tanto

influiría en el concepto no solo de paisaje o naturaleza, sino en el de patria de los estadounidenses.

Es la obra de Ralph Waldo Emerson y su discípulo, Henry David Thoreau, la que le da una vuelta al panorama por su radicalismo trascendentalista, que influirá en autores tan relevantes como Louisa May Alcott y Margaret Fuller, o en otros más centrados en el problema de la esclavitud, como Harriet Beecher Stowe. Alrededor de aquellos dos escritores, entre 1830 y final de siglo, con especial incidencia en las décadas que preceden y suceden a la guerra civil (1861), se concentran la obra de Francis Parkman y sus experiencias en el camino de Oregón con indígenas americanos y caravanas de pioneros; la de otros más conocidos para los lectores en español, como los vecinos y amigos Nathaniel Hawthorne y Herman Melville; y todo ello desemboca en el nacionalismo naturalista de Walt Whitman, que tanto influyó en la idea de América tras la publicación de *Hojas de hierba* (1855).

Desde la guerra civil hasta 1914, la influencia de los filósofos de Concord, llamados así por esa localidad de Massachusetts, muy cercana a Harvard, donde residieron Emerson y otros escritores y filósofos trascendentalistas, se deja notar en autores más locales, cuya obra apenas empieza a difundirse en otros idiomas, como Bret Harte, Mary Noailles Murfree, Wendell Dean Howells, Sarah Orne Jewett o Mary E. Wilkins Freeman, hasta llegar a Jack London, Mark Twain, Stephen Crane, Emily Dickinson o Kate Chopin.

Pero volvamos un momento, sin pretender ser exhaustivos, al discípulo aventajado de Emerson, considerado hoy en día el fundador del ecologismo, Henry David Thoreau, «profeta de los bosques» y auténtico hilo conductor de esta antología.

Thoreau nació el 12 de julio de 1817 en Concord, Massachusetts, uno de los lugares emblemáticos del inicio de la guerra de independencia estadounidense y centro intelectual de los estados que conformaban la región de Nueva Inglaterra, donde se concentraban algunos de los autores más prestigio-

sos del momento: el mencionado Ralph Waldo Emerson («el sabio de Concord») o los escritores Hawthorne, Whitman y Melville. El padre de Thoreau era un comerciante de poco éxito, cuya fábrica de lápices no heredaría su hijo hasta poco antes de morir. Thoreau realizó estudios de literatura en Harvard, donde ingresó en 1833. Su retiro, entre 1845 y 1847, a una cabaña construida con sus propias manos a orillas del lago Walden, en un terreno que le había comprado a su amigo y mentor Emerson, lo convertiría en un referente tanto para sus contemporáneos como para las sucesivas generaciones que, hasta hoy en día, siguen leyendo y admirando su obra en todo el mundo. Poco o nada esperó él, sin embargo, de la publicación de sus experiencias de vida durante sus años de retiro, pues a aquellas alturas había intentado ser, entre otros oficios, escritor, maestro de escuela y agrimensor (cuyo trabajo como tal se entrevé en «Caminar», 1851), pero estaba demasiado apegado a la naturaleza para triunfar tanto en el mundo propio de los intelectuales como en el de los negocios.

Participó, ciertamente, del primero, intentando formar parte del trascendentalismo, pero la vena mística que recorría esta corriente filosófica, con su regreso a la divinidad y a la esencia del ser humano a través de la contemplación de la naturaleza —lo que, a la postre, fue una de las causas de que cayera en el olvido—, no iba con él, devoto de un dios más inmanente que transcendental, a quien le gustaba vivir en la naturaleza sin colocarla en un pedestal, sino, como bien afirma Carlos Jiménez Arribas en la introducción a su traducción de *Walden* (2020), intentando «restituirle su realidad incontestable a cada cosa, no solo al bosque, sino a sus habitantes humanos: carboneros, vagabundos nativos, afroamericanos, leñadores, plantas y animales».

Objetor de conciencia, abstencionista (el impuesto que no pagaba, y por el que llamó a la desobediencia civil, el *poll tax*, era el que permitía ejercer el derecho al voto), vegetariano, amante del trabajo manual y de la comida sencilla, Thoreau

no quería *ganarse la vida*, tal y como predicaban todos aquellos que sobrevivieron a la crisis financiera de 1837, sino *vivir*, y clamaba contra la deshumanización del trabajo en la era industrial. Pretendía algo que muchos siguen reclamando: la reforma del individuo ha de preceder a la de la sociedad.

En cuanto al éxito de su obra, en gran medida se debe al empeño de su editor, George H. Mifflin, hasta el punto de ser libro de lectura escolar obligada desde 1888. Pero, además del empeño loable y oportuno de Mifflin, la enorme difusión de su obra se debe no solo a lo que cuenta, sino a cómo lo cuenta: Thoreau llevó hasta sus últimas consecuencias el estilo llano que profesaba Emerson, basado en el instinto natural y literario, y no en una concepción novelesca y una mirada más cercana a lo científico que a la experiencia consciente del mundo natural.

Así pues, es ese estilo completamente nuevo, además de cierta idea de la naturaleza como reducto en el que refugiarse de los males del mundo, lo que veremos en los relatos que componen esta antología.

Agua, aire, fuego y tierra

La naturaleza indómita y su belleza como parte de la divinidad; los restantes seres vivos, con los que deberíamos compartirla sin agresión; los seres humanos, llamados salvajes *sensu estricto*, que alguna vez fueron capaces de respetarla, lo mismo que quienes desearon ser como ellos y volvieron al bosque, o los que abrieron las puertas de su casa a los cuatro elementos, todos estos temas, con sus transversalidades relacionadas con la protección del medio natural de un incipiente ecologismo, aparecen en los textos que componen esta antología, donde elecciones y eliminaciones vienen definidos tanto por el grado de conocimiento de su autora sobre el hilo conductor, las restricciones inherentes al formato libro y la relevancia de los autores escogidos.

El texto de Emerson, «Naturaleza», que antecede, a modo de prefacio, a la sucesión de relatos, no requiere mayor explicación: aparece como presentación de las ideas que influyeron en la concepción de la naturaleza y el paisaje de la narrativa estadounidense desde el siglo XIX hasta nuestros días. Es central, en este mismo sentido, «Caminar», de Thoreau, todo un manifiesto sobre la necesidad de contactar con el mundo natural que nos rodea, donde podemos leer afirmaciones tan contemporáneas como «¡Ay, el cultivo humano! Poco se puede esperar de una nación cuando el suelo vegetal se ha agotado y se ve obligada a fabricar abono con los huesos de sus ancestros. Allí el poeta subsiste solo con su grasa superflua, y el filósofo se queda en los huesos».

Thoreau habla en este relato de la necesidad de una literatura que dé expresión a la naturaleza: «Tendría que existir un poeta que pusiera vientos y ríos a su servicio, a hablar por él; que clavara las palabras a sus emociones primitivas, como los granjeros clavan estacas en primavera cuando la helada se ha levantado; que buscara su origen siempre que las utilizara, trasplantándolas a la página con la tierra adherida a sus raíces; cuyas palabras fueran tan auténticas, nuevas y naturales, que parecieran abrirse como los brotes en la cercanía de la primavera, aunque estuvieran medio ahogadas entre dos hojas mohosas en una biblioteca; sí, para florecer allí y dar sus frutos cada año, de acuerdo con su especie, al lector fiel, en armonía con la naturaleza circundante». ¿Y acaso no será Whitman ese poeta cuyos «Pensamientos bajo un roble. Un sueño» cierra, a modo de postfacio, esta selección? Este texto tampoco necesita de aclaraciones: es el final del hilo conductor que arranca en Emerson y la síntesis perfecta de lo que aquí se quiere mostrar: «Tuve una especie de trance onírico el otro día, en el que vi a mis árboles favoritos salir de paseo, arriba, abajo y alrededor, y de forma muy curiosa, uno de ellos se inclinó al pasar junto a mí y susurró: “Hacemos todo esto en esta ocasión, y excepcionalmente, solo por ti”».

Recurro ahora a los presocráticos para que presten su rotunda división de la composición de la vida a esta breve presentación de los relatos y sus autores.

Por pura casualidad cronológica, ya que están ordenados por su fecha de publicación, el agua es protagonista de dos de los textos que abren *El bosque confiado*: «El viaje», de Washington Irving, y «Descenso al Maelstrom», de Edgar Allan Poe. En el primero, la inmensidad del mar que preside la travesía del Atlántico «nos vuelve conscientes de haber sido expulsados del refugio seguro que es una vida ya resuelta y enviados a la deriva a un mundo incierto». El agua regresa casi al final de la selección para protagonizar la lucha del hombre contra el mar embravecido en «El bote», de Stephen Crane. El relato cuenta la experiencia del propio autor como parte de una expedición a Cuba que anduvo cuatro días a la deriva. Esta experiencia produjo la tuberculosis que acabó con la vida del autor de *La roja insignia del valor* a los veintiocho años. Paul Auster, que firma una biografía sobre Crane publicada en 2021, lo ha calificado como «el Mozart de la literatura» por su lirismo y su corta carrera.

Un eclipse total que es, para quien lo observa, «como si las sensaciones hubieran surgido tan conectadas con la naturaleza del espíritu que no pudieran ser comentadas de manera irreverente o casual», y la obsesión por las tormentas protagonizan, desde el aire, los relatos de James Fenimore Cooper y Herman Melville. En «El vendedor de pararrayos», de este último, lo cómico e irónico de un encuentro entre lo satánico y lo divino, presentes en cualquier persona, podría estar «basado en hechos reales», ya que en la época en que se escribió el relato abundaban los vendedores de tales artefactos que recorrían los Estados Unidos.

Y es en cierta medida el cielo, como parte de una naturaleza salvaje más digna de consideración que los seres humanos, el foco de los dos relatos breves de Kate Chopin, «Un tipo ocioso» y «La noche llegó despacio». La magistral autora de

narrativa brevísima, bien conocida por «El despertar» y «La historia de una hora», reivindicada por la segunda ola feminista, y por fin sobradamente publicada en nuestros días, se ocupa aquí, con su particular estilo precursor, de la necesidad de silencio y de retiro en la naturaleza.

El fuego como centro del hogar más que como elemento aniquilador es un personaje más de los relatos de Louisa May Alcott, «Chiquilladas transcendentales», Harriet Beecher Stowe, «Nuestra casa», y William Dean Howells, «Mi año en una cabaña de troncos». El primero es una sátira de la experiencia vivida por la autora y su familia para cumplir los anhelos del padre, Amos Bronson Alcott, seguidor de las ideas trascendentalistas de Emerson, en su intento de vivir en comunidad con la naturaleza en Fruitlands, una comuna agraria fundada en Harvard por él y Charles Lane en 1840, donde se practicaba una vida realmente frugal: nada de alimentos procedentes de los animales, nada de alcohol, nada de agua caliente o luz artificial. Ni siquiera animales para labrar la tierra, y mucho menos ninguna propiedad particular, o dinero como medio de intercambio de bienes. La celeberrima autora de *Mujercitas*, clásico entre los clásicos, llega en él a una conclusión que bien podría aplicarse a nuestros tiempos: «Vivir por nuestros principios, cueste lo que cueste, es una especulación peligrosa, y el fracaso de un ideal, no importa cuán humano o noble sea, es más difícil de perdonar y olvidar por el mundo que el robo de un banco o las grandes estafas de los políticos corruptos».

Cuarenta y cuatro años después de que *La cabaña del tío Tom*, publicada en 1852, se convirtiera en el segundo libro más vendido tras la Biblia en los Estados Unidos, como reacción indignada a la Segunda Ley para esclavos fugitivos, y ayudara a difundir de manera sencilla las ideas abolicionistas, Harriet Beecher Stowe señalaba, en la colección de artículos de la que procede «Nuestra casa», las complejidades de la vida familiar de los estadounidenses tras la brecha que supuso la guerra

civil. El relato que recoge esta antología habla, como si fuera anteayer, de cómo construir una casa sostenible y ecológica, y propone, ya entonces, un retorno a las casas antiguas para promover el ahorro energético: «Mejores, mucho mejores eran las viejas casas de los tiempos antiguos, con sus grandes fuegos rugientes y habitaciones en las que entraba la nieve y silbaban los vientos invernales. Entonces, sin duda, se te enfriaba la espalda mientras tu cara ardía; el agua se helaba por la noche en tu aguamanil; el aliento se congelaba en carámbanos sobre las sábanas y podías escribir tu nombre en la capa de nieve que se había colado por las grietas de las ventanas. Pero te levantabas lleno de vida y vigor, prestabas atención a las tormentas en curso sin un solo escalofrío y no dudabas en atravesar montones de nieve que te llegaban a la cabeza en tu camino diario a la escuela. Tocabas las campanillas del trineo, tirabas bolas, vivías en la nieve como el junco y tu sangre fluía y palpataba por tus venas en una corriente llena de vida buena, alegre y real, ¡nada de la sangre negra que se arrastra y obstruye el cerebro, y entorpece las ruedas de la vitalidad!».

Este deseo de volver a lo primitivo, a vivir con menos, aunque en este caso sea algo transitorio y vivido como una aventura por un chiquillo, está en el relato de William Dean Howells. Hombre religioso, defensor de la justicia social desde un punto de vista moral e igualitario, era muy crítico con los efectos sociales del capitalismo industrial. En 1893 publicó este relato sobre su estancia cuando era niño en una cabaña de troncos siguiendo el ideal de Thoreau, a quien había conocido, junto a Hawthorne, Emerson y Whitman, en un viaje a Nueva Inglaterra al servicio de la campaña de Lincoln a la presidencia, para la que escribía panfletos.

Los relatos de tierra son aquellos relacionados con nuestros congéneres, plantas y animales. Así, en «Retoños y voces de pájaros», procedente de uno de los libros más celebrados y singulares de Nathaniel Hawthorne, *Musgos de una vieja rec-toría*, el protagonista hace un recuento de las flores, árboles,

animales y pájaros que le alegran la vista en su recluso mundo parroquial.

La autora de «Una garza blanca», Sarah Orne Jewett, hija de una familia acomodada de new englanders, alimentó su amor a la naturaleza gracias a la enfermedad: aquejada desde niña de artritis reumatoide e hija de médico, el tratamiento prescrito fue el ejercicio, por lo que se acostumbró a caminar por la naturaleza. Referente de autoras posteriores como Willa Cather, destaca en su obra, incluido este relato proteccionista, la reproducción del habla popular y las vidas y las voces de las mujeres de su época.

Mary E. Wilkins Freeman utiliza de manera magistral la estructura del relato clásico para contarnos la relación entre un anciano y su casa, y el árbol, un gran olmo, que ve desde su ventana. Conocida y reconocida por dos colecciones de cuentos, *Un idilio modesto y otros relatos* (1887) y *Una monja de Nueva Inglaterra y otros relatos* (1891), sus narraciones hablan sobre la vida en Nueva Inglaterra en un estilo directo, y con ocasionales toques de humor, muy lejos del sentimentalismo habitual en la literatura popular. Educada entre congregacionistas ortodoxos, las restricciones religiosas que hubo de padecer son uno de los temas constantes de su literatura. Fue la primera en recibir en abril de 1926 la medalla William Dean Howells de Narrativa de la Academia de las Artes y de las Letras, distinción que han recibido autores como Willa Cather, Eudora Welty, William Faulkner, John Cheever, Shirley Hazzard, o Richard Powers. Uno de sus relatos «The Revolt of Mother», que ilustra la lucha de la mujer en el medio rural, inició la discusión sobre los derechos de las mujeres en el campo e inspiró otros sobre la falta de control de las finanzas familiares por parte de las mujeres y las mejoras en la estructura de las granjas a principios del siglo XX.

Cerrando este apartado ficticio de los relatos de tierra, y también la antología, «Historia de una perra» es un ejemplo

excelente de la narrativa humorística de Samuel Langhorne Clemens, Mark Twain para las letras, y de su inquebrantable amor por los animales. Homenaje —directo o indirecto— al *Diálogo de los perros* de Cervantes, insiste y precede a un género, tan efectivo como utilizado desde entonces en fábulas moralizantes, o con recado, en el que se da voz y discurso humano a los animales. Desde poco después de su publicación, se convirtió en uno de los textos emblemáticos del movimiento contrario a la utilización de animales en laboratorio por cualquier motivo, precedente de *Historia de un caballo* (1907), una novela breve en la que Twain da voz a Soldier Boy, el caballo del mítico Buffalo Bill.

El quinto elemento

No sigo aquí a los presocráticos, sino a Luc Besson, si bien, como supondrán, no me voy a referir a éter, sino que pretendo situar al hombre salvaje en el contexto de la antología. Salvaje en su acepción de «primitivo o no civilizado», «no domesticado», y en su etimología latina, *silvaticus*, «propio del bosque». Aquí se encuadra un buen número de relatos en los que aparecen los pioneros, que caminan y cabalgan hacia la tierra prometida al oeste de Ohio, al encuentro de lo salvaje y de lo inculto, para domesticarlo, para contemplarlo, o para exterminarlo, como a los nativos americanos.

Aquí están Francis Parkman y su «Travesía de las montañas». Miembro de la élite bostoniana educada en Harvard, un genuino new englander, pues, impregnado de las ideas de Emerson y los filósofos de Concord, Parkman emprendió el camino hacia las regiones no domesticadas por la civilización occidental para conocer en persona a los rudos montañeses de las Rocosas y visitar a los pueblos nativos antes de su desaparición. Con solo veintidós años, se había preparado para esta expedición durante toda su vida: de niño, fueron las colec-

ciones de seres del bosque, luego montar a caballo y disparar mejor que nadie en Nueva Inglaterra.

A Parkman le acompaña Charles Egbert Craddock, seudónimo de Mary Noailles Murfree, con sus relatos encadenados sobre montañeses «Entre barrancos» y «¿Cuánto iba a durar?». Murfree ha sido considerada el máximo exponente de la literatura de los Apalaches, y su estilo comparado con otros autores incluidos en esta antología, como Bret Harte y Sarah Orne Jewett. Sus relatos, llenos de pintoresquismo y de color local, empezaron a aparecer, en la década de 1870, en publicaciones como el *Appleton's Journal* o la famosa revista *Atlantic Monthly*.

Poca presentación necesitan el autor y su relato cuando se trata de Jack London y «El silencio blanco». Como tantos otros textos de London, transcurre en el Yukón, y habla de la vida en la frontera y las frágiles relaciones entre el hombre, la naturaleza y los animales salvajes. El título proviene de una frase acuñada por el autor para referirse a los paisajes helados del norte de los Estados Unidos.

Bret Harte, que escribió con gran éxito para delicia de todos los que soñaban con las tierras primitivas del Oeste, y precursor de la iconografía del género *western*, con sus ganaderos, bandidos, diligencias, tahúres, sheriffs, vaqueros y forajidos, con la que ha crecido generación tras generación de estadounidenses y ciudadanos del mundo, es prácticamente un desconocido fuera de la narrativa anglosajona. En «La sirena de Lighthouse Point», como en tantos de sus relatos, maneja con gran soltura la parodia llena de humor.

Concluyo aquí esta breve introducción a la antología, que pretende dar una muestra de la narrativa de una época y un tema concreto, con la mejor intención de que, al transponerlo, deje recado en quien lo lea de esa marca batida cada mes por los indicadores de la crisis climática que tantos siguen negando, cuando la contaminación acaba con más vidas que las recientes pandemias, y la esperanza de vida de los bosques ha

sufrido una reducción drástica. Recorro de nuevo a Whitman para insistir en la necesidad de reconsiderar nuestras prioridades y volver a estar cerca de la casa y el árbol:

Cantos del camino público.

La tierra es lo que basta.

No deseo las constelaciones más próximas:

sé que están muy bien donde están,

sé que ellas bastan a quienes pertenecen.

*(Sin embargo, también llevo aquí, mi vieja carga
deliciosa:*

*llevo a los hombres y a las mujeres, los llevo conmigo
a dondequiera que vaya;*

juro que no me es posible abandonarlos:

estoy lleno de ellos, y anhelo colmarlos a mi vez.)